

mo copos de nieve, en una estension al parecer de varias millas. «Eran tantas las tiendas, esclama uno de los conquistadores, que parecian, que cierto nos puso hartó espanto, porque no pensábamos que indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan á punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió, que nos causó á todos los españoles hasta confusion y temor aunque no convenia mostrarse, ni menos volver atras, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos indios, que llevábamos nos mataran, y así con animoso semblante, despues de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo y entramos en el pueblo de Caxamalca (1).»

No sabemos cuáles serian los sentimientos del monarca peruano, cuando descubrió la cabalgata marcial de los cristianos, que con banderas desplegadas y con brillantes cotas en que reflejaba el sol, salia de las oscuras sinuosidades de la sierra y se adelantaba con aspecto hostil por el magnífico territorio que nadie había pisado hasta entonces mas que el indio. Puede ser, como algunos dicen, que el Inca hubiese atraído de intento á los aventureros al corazon de su populoso imperio, para envolverlos con sus legiones y apoderarse con mas facilidad de sus propiedades y de sus personas (2). ¿O era un sentimiento natural de la curiosidad, confiando en sus promesas amistosas, lo que le habia impulsado á dejarlos venir, sin intentar resistencia alguna, á su presencia? De todos modos, difícil es creer que tuviese tal confianza en sí mismo, que no mirase con temor á los misteriosos extranjeros, que viniendo de un mundo desconocido, y con tan extrañas facultades, se habian abierto paso al traves de las montañas y los valles, á despecho de cuantos obstáculos les podian oponer los hombres y la naturaleza.

Entre tanto Pizarro, formando su pequeño cuerpo en tres divisiones, marchó hácia adelante con paso mas mesurado y en orden de batalla por los declives que conducian á la ciudad peruana. Al acercarse, nadie salió á recibirlo y penetró por la ciudad sin encontrar un solo ser viviente, ni oír mas ruidos que el eco de los pasos de sus compañeros.

Era una ciudad de bastante consideracion, que contenia unos diez mil habitantes, algo mas probablemente que la poblacion que contiene hoy á la ciudad moderna de Cajamarca (3). La mayor parte de las casas estaban construidas con arcilla endurecida al sol, y los techos de paja, ó madera. Algunas de las casas principales eran de piedra, y habia en la ciudad un convento de las virgenes del Sol, y un templo dedicado á la misma deidad tutelar, y este se hallaba oculto entre las profundas sombras de un bosquecillo en los alrededores de la ciudad. En el barrio que mi-

(1) Relacion del primer descubrimiento, MS.

(2) Esta era indudablemente la opinion del conquistador que tanto hemos citado, y cuyo manuscrito imperfecto contiene los datos que dan mas luz en esta parte de nuestra historia. «Teniéndonos en muy poco, y no haciendo cuenta que 190 hombres le habian de ofender, dió lugar y consintió pasásemos por aquel paso y por otros muchos tan malos como él, porque realmente, á lo que despues se supo y averiguó, su intencion era vernos, y preguntarnos de dónde veníamos, y quién nos habia echado allí, y qué queríamos. Porque era muy sábio y discreto, y aunque sin luz ni escritura, amigo de saber, y de sutil entendimiento; y despues de holgádose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que á él mas la aplacian y sacrificar á los demas.» Relacion del primer descub., MS.

(3) Segun Stevenson, esta poblacion, que está muy mezclada, sube ó subia hace unos treinta años á unos siete mil habitantes. Este inteligente viajero hace una descripcion muy animada de la ciudad, en que residió algun tiempo, y que parece haber mirado con especial predileccion. Probablemente hoy no ocupa el rango relativo que tenia en tiempo de los Incas. Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 151.

raba hácia el campamento indio, habia una plaza casi triangular, de estension inmensa, rodeada por edificios bajos. Estos consistian en grandes salones, con puertas muy anchas que comunicaban con la plaza. Probablemente su objeto seria servir de cuarteles á los soldados del Inca (4). En la estremidad de la plaza mirando al campo habia una fortaleza de piedra, con una escalera por la parte de la ciudad y una entrada particular por el lado de los arrabales. Otra fortaleza habia ademas en el terreno elevado que dominaba á la ciudad, de piedra tambien, y rodeada por tres murallas circulares, ó mas bien una sola muralla que la rodeaba en forma de espiral. Era un punto sumamente fuerte, y la obra indicaba mas conocimiento del arte de la albañilería y de la ciencia arquitectónica de la nacion, que todo lo que habian visto los españoles hasta entonces (5).

Era ya una hora muy avanzada de la tarde del 15 de noviembre de 1532, cuando los conquistadores entraron en Caxamalca. El tiempo que habia sido hermoso durante el dia amenazaba ahora tormenta, y haciendo al mismo tiempo mas frio del acostumbrado, empezó á llover y á caer granizo (6). Pizarro, sin embargo, tenia tal ansia por averiguar las intenciones del Inca, que determinó enviar en el acto mismo una embajada á su campamento. Escogió para esto á Hernando de Soto con quince ginetes; pero despues que este hubo marchado, considerando ese número como muy pequeño para el caso de que hubiese alguna demostracion hostil por parte de los indios, mandó á su hermano Hernando que lo siguiese con veinte caballos mas. Este capitán y otro de su partida, nos han dejado una relacion de esta escursión primera (7).

Entre la ciudad y el campamento imperial habia una calzada construida con mucha solidez al traves de los campos intermedios. Por esta galopó rápidamente la caballería, y antes de haber andado una legua, llegó al frente del campamento peruano, donde se estendia por el suave declive de las montañas. Las lanzas de los guerreros estaban clavadas en tierra delante de sus tiendas, y los soldados indios habian salido de ellas para contemplar en silencio y con asombro la partida cristiana, que con ruido de armas y de trompetas pasaba rápidamente junto á ellos, como alguna terrible aparicion, en alas del viento.

El destacamento llegó en breve á un ancho pero poco profundo arroyo, que serpenteando por la pradera, formaba una de las defensas del campamento del Inca. Atravesábalo un puente de madera, pero desconfiando de su solidez los ginetes, prefirieron pasar el río á vado, y sin dificultad llegaron á la orilla opuesta. Un batallon de guerreros indios estaba formado en la otra estremidad del puente, pero no cau-

(4) Carta de Hernando Pizarro, ap. Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XV.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 195.

(5) «Fuerzas son, que entre indios no se han visto tales.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 195.—Relacion del primer descub., MS.

(6) «Desde á poco rato comenzó á llover y caer granizo.» (Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 195.) Caxamalca en el dialecto indio significa: «lugar de hielo,» porque la temperatura, aunque generalmente suave y agradable, suele variar á veces por efecto de los helados vientos del Este, muy perniciosos á la vegetacion. Stevenson, Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 129.

(7) Carta de Hernando Pizarro, MS.
La carta de Hernando Pizarro, dirigida á la Real Audiencia de Santo Domingo, da una relacion completa de los extraordinarios acontecimientos contenidos en este y en el siguiente capítulo, en que este conquistador tuvo una parte muy principal. Concediendo su parte correspondiente á la parcialidad inevitable en uno de los principales actores de las escenas que se describen, no puede haber mejor testimonio. El infatigable Oviedo, que vivió en Santo Domingo, conoció su impor-

saron la menor molestia á los españoles; y estos tenían órdenes severas de Pizarro, casi inútiles en sus actuales circunstancias, para tratar con cortesía á los naturales. Uno de los indios indicó el punto en que se hallaba el Inca (1).

Era este un patio abierto, con un ligero edificio ó casa de recreo en el centro, rodeada de corredores que por detras miraban á un jardín. Las paredes estaban cubiertas con una especie de estuco brillante, blanco y de color, y en el espacio abierto delante del edificio, habia un estanque ó bañadera de piedra, á que venian á parar acueductos que lo surtian de agua caliente y fria (2). Una especie de tina de piedra labrada, quizás construida posteriormente, aun se conoce en aquel punto bajo el nombre de «baño del Inca (3).» El patio estaba lleno de indios nobles, vestidos con brillantes trajes, sirviendo al monarca, y de mujeres de la casa real. En medio de esta reunion no era difícil distinguir la persona de Atahualpa, aunque su traje era mas sencillo que el de sus cortesanos. Pero le caia sobre la frente la borla encarnada, distintivo muy conocido de los monarcas peruanos, y que este no habia usado hasta despues de la derrota de su hermano Huascar. Estaba sentado en un banco bajo ó almohadon, poco mas ó menos segun la costumbre morisca, y sus nobles y oficiales principales se hallaban en pie al rededor de él, con gran ceremonia, ocupando puestos segun su rango (4).

Los españoles miraban con mucha curiosidad al príncipe de cuya crueldad y astucia habian oído hablar tanto, y cuyo valor le habia asegurado la posesion del imperio. Pero en su fisonomía no se conocia el rastro ni de esas feroces pasiones ni de la sagacidad que se le ha atribuido; y aunque en su comportamiento se notaba la gravedad y la conciencia del poder que tan bien sientan á un soberano, parecia haber desterrado toda clase de espresion de sus facciones, conservando tan solo la apatía tan característica de las razas americanas. En la ocasion presente esto debió ser, á lo menos en parte, fingido. Porque es imposible que el príncipe indio no hubiera contemplado con interes y curiosidad un espectáculo tan extraño, y en cierto modo, tan aterrador, como el que ofrecian estos misteriosos extranjeros, y para el cual ninguna descripcion anterior podia haberlo preparado.

Hernando Pizarro y Soto, solo con dos ó tres de

tancia, y felizmente incorporó el documento en su gran obra. Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XV.—El autor anónimo de la Relacion del primer descub., MS., tambien fué con esta partida.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Carta de Hernando Pizarro, MS.

(2) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 202.

«Y al estanque venian dos caños de agua, uno caliente y otro frio, y allí se templaba la una con la otra, para cuando el señor se queria bañar ó sus mujeres, que otra persona no osaba entrar en él so pena de la vida.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.

(3) Stevenson, Residencia en la América del Sur, tomo II, pág. 164.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 196.—Carta de Hernando Pizarro, MS.

El conquistador anónimo á quien tantas veces he citado y que fué testigo presencial de todo esto, describe el aspecto del monarca peruano en lenguaje animado aunque sencillo. «Llegados al patio de la dicha casa que tenia delante de ella, vimos estar en medio de gran muchedumbre de indios asentado aquel gran señor Atabalipa (de quien tanta noticia y tantas cosas nos habian dicho) con una corona en la cabeza y una borla que le salia della y le cubria toda la frente, la cual era la insignia real, sentado en una sillita muy baja del suelo, como los turcos y moros acostumbran sentarse, el cual estaba con tanta magestad y aparato cual nunca se ha visto jamas, porque estaba cercado de mas de seiscientos señores de su tierra.» Relacion del primer descub., MS.

los que le acompañaban, se acercaron lentamente á caballo para colocarse al frente del Inca; y el primero, haciéndole un respetuoso saludo, pero sin desmontar, dijo á Atahualpa que venia como embajador de su hermano, comandante de los españoles. á poner en su conocimiento que habia llegado á Caxamalca. Anuncióle que eran súbditos de un poderoso príncipe que vivia mas allá del Océano, y que venian atraídos por la fama de sus grandes victorias á ofrecerle sus servicios, y á comunicarle las doctrinas de la verdadera fé que ellos profesaban; é invitóle ademas en nombre de su gefe á que pasase á visitar á los españoles en su residencia actual.

A todo esto el Inca no contestó una sola palabra, ni aun hizo un gesto que pudiese indicar que quedaba enterado, aunque se lo tradujo todo Felipillo, uno de los intérpretes de que hemos hablado ya. El Inca guardó un silencio absoluto, y permaneció con los ojos fijos en tierra; pero uno de sus nobles, que se hallaba en pie á su lado, contestó: «Bien está (5).» Esta era una situacion muy embarazosa para los españoles, que parecian ahora tan distantes de saber cuáles eran las verdaderas intenciones del monarca peruano relativamente á ellos, como cuando se hallaban al otro lado de las montañas.

Pero Hernando Pizarro volvió á hablar en términos corteses y respetuosos, suplicando al Inca que contestase él mismo, y les hiciese saber cuál era su voluntad (6). Atahualpa entonces volvió la cabeza sonriéndose para mirarle, y le contestó segun uno de los testigos de la escena: «Decid á ese capitán que os envia acá, que yo estoy en ayuno, y le acabo mañana por la mañana; que en bebiendo una vez, yo iré con algunos de estos principales míos á verme con él; que en tanto él se aposente en esas casas que están en la plaza que son comunes á todos, y que no entren en otra ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de hacer (7).»

Soto, que, como antes hemos dicho, presenciaba esta entrevista, era el mejor montado y quizás el mejor jinete de la falange conquistadora. Observando que Atahualpa examinaba con algun interes el fogoso caballo que tenia delante tascando el freno y pateando con la impaciencia natural de un caballo de batalla, el español le metió espuela y le dió rienda, y echó á correr á todo escape por la llanura; luego revolviendo y haciendo describir varios círculos á su caballo, desplegó todos los hermosos movimientos de este y su propia destreza; por fin, parándolo repentinamente en su carrera, casi hizo descansar al animal sobre su cuarto trasero, tan cerca de la persona del Inca, que parte de la espuma del brioso animal salpicó su traje. Pero Atahualpa sostenia la misma compostura marmórea que antes, aunque algunos de sus soldados junto á quienes pasó Soto en su carrera, se asustaron tanto que huyeron despavoridos; timidez que les costó muy caro, si es cierto, como aseguran los españoles, que Atahualpa les hizo quitar la vida aquella noche misma por haber manifestado debi-

(5) «Las cuales por él oídas, con ser su inclinacion preguntarnos y saber dónde veniamos, y qué queriamos, y ver nuestras personas y caballos, tubo tanta serenidad en el rostro, y tanta gravedad en su persona, que no quiso responder palabra á lo que se le decia, salvo que un señor de aquellos que estaban par de él respondió: bien está.» Relacion del primer descub., MS.

(6) «Visto por el dicho Hernando Pizarro que él no habla, y que aquella tercera persona respondia de suyo, tornó á suplicar que él hablase por su boca y le respondiese lo que quisiese.» Relacion del primer descub., MS.

(7) Ibid., MS., ubi supra.
En esta singular entrevista he seguido la relacion del caballero que acompañó á Hernando Pizarro, prefiriendo á la de este, porque se da á sí mismo un aire fanfarron poco creíble, y se atribuye una conducta demasiado magestuosa.

lidad tan indecorosa en presencia de los extranjeros (1).

En seguida los criados del monarca ofrecieron algunas cosas de comer á los españoles que estos no aceptaron porque no querían desmontar. Pero si bebieron un poco de chicha, servida en vasos de oro de un tamaño extraordinario, por las bellezas del harem imperial (2). Despidiéndose despues respetuosamente, los españoles volvieron á Caxamalca haciendo muchas y tristes reflexiones sobre lo que habían visto; sobre el estado y opulencia del monarca indio; sobre la fuerza de su armamento militar; sobre su equipo perfecto, y la aparente disciplina que en sus filas se notaba; todo lo que parecia denotar un grado mucho mayor de civilización, y por consiguiente de poder, que cuanto habían visto en las regiones bajas del país. Al poner todo esto en contraste con lo pequeño de su propia fuerza, demasiado avanzada ahora para que le pudiesen llegar socorros y refuerzos, concociéronse al centro de tan formidable imperio, y estaban llenos de tristes presentimientos para el porvenir (3). Pronto se comunicó á sus camaradas del campamento su espíritu de abatimiento, que no disminuyó ciertamente cuando, habiendo anochecido, vieron encenderse los fuegos de los peruanos, que cubrían el declive de la montaña, y que, segun uno de los conquistadores, eran tan numerosos como las estrellas del cielo (4).

Sin embargo había un corazon en el seno de aquella pequeña huerte en que no lograban penetrar ni el abatimiento ni el temor. Este era el de Pizarro, que al revés estaba lleno de satisfacción al ver que por fin habían llegado las cosas á la crisis que él había ansiado durante tanto tiempo. Vió la necesidad de dar pábulo á un sentimiento análogo en los suyos, sin lo cual todo se había perdido; y así, sin revelar sus planes, habló con sus soldados y les suplicó que no desmayasen en semejante circunstancia, cuando ya se encontraban frente á frente con el enemigo que tan constantemente habían buscado. Rogóles que confiaran en su propio valor y en el auxilio de aquella Providencia que los había salvado en tantas pruebas terribles: en esa Providencia que no los abandonaría ahora. Y si la ventaja del número, por grande que fuese, estaba en favor del enemigo, ¿qué importaba si el brazo de Dios estaba en favor de los españo-

(1) Pedro Pizarro, descub., y Conq., MS.—Rel. del primer descub., MS.

«Y algunos indios, con miedo, se desviaron de la carrera, por lo cual Atabalpa los hizo luego matar.» (Zárate, Conquista del Perú, lib. II, cap. IV.)—Xerez dice que el mismo Atabalpa confesó este hecho en conversacion con los españoles cuando estaba prisionero.—El caballo de Soto debía ciertamente asustar á los indios, si, como asegura Balboa, salvaba un espacio de veinte pies en un salto, y esto llevando un gineete cubierto de armadura. Historia del Perú, cap. XXII.

(2) Relacion del primer descubrimiento, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 196.

(3) «Hecho esto y visto y atalayado la grandeza del ejército, y las tiendas que era bien de ver; nos volvimos adonde el dicho capitán nos estaba esperando, harto espantados de lo que habíamos visto, hablando y tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debía hacer, estando todos con mucho temor ser tan pocos, y estar tan metidos en la tierra donde no podíamos ser socorridos.» (Relacion del primer descub., MS.) Pedro Pizarro tiene bastante franqueza para confesar la consternacion de los españoles. (Descub. y Conq.) El miedo era una sensacion muy estraña para el soldado español. Pero si no lo experimentaba en ocasion semejante, debía parecerse á aquel intrépido caballero que, como decia Carlos V, «nunca se hubiera atrevido á desparillar una luz con los dedos.»

(4) «Hecimos la guardia de la plaza, de donde se veían los fuegos del ejército de los indios, lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera la mayor parte, y tan juntos unos de otros, no parecia sino un cielo muy estrellado.» Relacion del primer descub., MS.

les (5)? El soldado español obraba á impulsos de la doble influencia del espíritu caballeresco y del entusiasmo religioso. Este último era el mas eficaz en la hora del peligro; y Pizarro que entendia bien el carácter de la gente que tenia que manejar, presentando la empresa bajo el carácter de una cruzada, reanimó el fuego entre las cenizas del entusiasmo en los pechos de sus soldados y restableció en ellos su decaído ardor.

Llamó, pues, á consejo á sus oficiales para discutir el plan de operaciones ó mas bien para proponerles el proyecto extraordinario cuya ejecucion había decidido. Era este armar una celada al Inca, y cogerle prisionero á la faz de todo su ejército, proyecto peligrosísimo y como se deja conocer, casi desesperado. Pero tambien eran desesperadas las circunstancias en que los españoles se hallaban. A cualquiera parte que se volvieran veíanse amenazados de los mas terribles riesgos; y valia mas arrosarlos con valor que retroceder ante ellos cuando no había medio de evitarlos.

Para huir era ya demasiado tarde. ¿Adónde habían de huir? A la primera señal de retirada caería sobre ellos todo el ejército del Inca. Sus pasos serían contados por un enemigo mucho mas conocedor que ellos mismos de las escabrosidades de la sierra, el cual ocupando las salidas podria cercarles por todos lados; además este movimiento retrógrado disminuiría la confianza y por consiguiente la fuerza del ejército español al mismo tiempo que doblaría la de su enemigo.

Pues permanecer largo tiempo en la inaccion, en la posición que los españoles ocupaban, parecia igualmente peligroso. Aun suponiendo que Atahualpa fuese amigo de los cristianos, no podían estos confiar en que perseverase en su amistad. La familiaridad con los blancos destruiría pronto la idea de que fuesen seres sobrenaturales y aun la de que fuesen de naturaleza superior á la suya. Su corto número le inspiraría desprecio: sus caballos, sus armas y su ostentoso aparato serían un cebo para el bárbaro monarca, y cuando supiese que estaba en su mano aniquilar á sus poseedores, no tardaría en encontrar pretexto para ello. Uno bueno se le ofrecia ya en las medidas arbitrarias de los conquistadores y en su marcha por sus dominios.

¿Pero qué motivo tenían para lisonjearse de que el Inca les fuese favorable? Era un príncipe astuto y nada escrupuloso, y si las noticias que con frecuencia habían recibido en el camino eran ciertas, siempre había mirado con malos ojos la llegada de los españoles: apenas era posible que hubiese hecho otra cosa: sus mensajes de amistad no habían tenido mas objeto que engañarlos para que cruzaran las montañas donde con el auxilio de sus guerreros podria fácilmente destruirlos. Estaban pues envueltos en las redes que el sagaz monarca les había tendido.

Así su único remedio era volver contra el Inca los artificios con que había engañado á los españoles y cogerle si era posible en sus propias redes. No había tiempo que perder; porque de un día á otro podían volver las victoriosas legiones que acababan de vencer en el Sur, haciendo así mas grande la desigualdad numérica entre el ejército del Inca y los españoles.

Sin embargo combatir á Atahualpa en campo abierto era muy arriesgado, y aunque la victoria coronase sus esfuerzos, no era probable que una persona tan importante como la del Inca cayese en poder de los vencedores. La invitacion que había aceptado de visitarles en sus reales les proporcionaba el medio mejor de asegurar la deseada presa. Ni parecia tan desesperado

(5) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 197.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

el plan considerando las grandes ventajas que ofrecian el carácter y las armas de los invasores y lo inesperado que seria el ataque. La sola circunstancia de obrar siguiendo un plan concertado compensaria la desigualdad del número. Pero no era necesario admitir toda la fuerza de los indios en la ciudad antes del ataque; y una vez asegurada la persona del Inca, sus tropas sorprendidas por tan estraño acontecimiento, fuesen pocas ó muchas, no tendrían ánimo para seguir resistiendo; y con el Inca en su poder Pizarro podia dictar leyes al imperio.

En este atrevido proyecto del gefe español era fácil ver que había querido imitar la brillante hazaña de Cortés cuando prendió al monarca azteca en su capital. Pero esta prision no se hizo con violencia, ó á lo menos con abierta violencia, y recibió la sancion, aunque fuese obligada, del monarca mismo. Tambien es verdad, que los resultados en aquel caso no justificaban la repetición del experimento; porque el pueblo se levantó en masa contra el príncipe y contra sus raptos; pero de esto había sido causa en parte la indiscrecion de estos últimos. El experimento en su éxito final fue bueno, y si Pizarro podia apoderarse de la persona de Atahualpa, para lo demás confiaba en su propia discrecion. La prision del Inca serviría por lo menos para sacarle de la crítica situacion en que se encontraba, poniendo en su poder una prenda inestimable de seguridad; y si desde luego no podia hacer que el monarca aceptase sus condiciones, la llegada de refuerzos de España le facilitaria en breve los medios de imponérselas.

Concertados sus planes para el siguiente dia se disolvió el consejo y Pizarro se ocupó en proveer á la seguridad de su gente durante la noche. Las avenidas de la poblacion se hallaban en estado de defensa; pusieronse centinelas en diferentes puntos y especialmente en lo alto de la fortaleza, desde donde debían observar la posición del enemigo para dar cuenta de cualquier movimiento con que amenazase turbar aquella noche la tranquilidad de los españoles. Tomadas estas precauciones, el gefe y sus oficiales se retiraron á los puntos designados, pero no á dormir. Por lo menos no debieron de dormir mucho los que estaban enterados del plan que había de ejecutarse á la mañana siguiente, mañana que había de decidir de su suerte coronando sus proyectos ambiciosos con el éxito mas feliz ó arruinándolos para siempre.

CAPITULO V.

Plan temerario de Pizarro. — Atahualpa visita á los españoles. — Matanza horrible. — El Inca prisionero. — Conducta de los conquistadores. — Magnificas promesas del Inca. — Muere Huascar.

1532.

DISIPÁRONSE las sombras de la noche y el sol se levantó brillante en la mañana del inmediato dia, el mas memorable en los anales del Perú. Era el sábado 16 de noviembre de 1532. El agudo sonido de la trompeta llamó á los españoles á las armas al romper el alba, y Pizarro dándoles en breves razones cuenta de su plan de ataque, tomó las disposiciones necesarias al efecto.

La plaza, segun se ha dicho en el anterior capítulo, estaba defendida por sus tres lados por filas de pequeños edificios que consistían en espaciosos salones, con anchas puertas de salida. En ellos colocó la caballería en dos divisiones, una á las órdenes de su hermano Hernando y otra á las de Soto. Situó la infantería en otro edificio, reservándose veinte hombres escogidos para acudir con ellos adonde el caso lo exigiese. Pedro de Candia con unos cuantos soldados y la artillería, comprendiéndose bajo este imponente nombre dos pequeñas piezas llamadas falconetes, se estableció en la fortaleza. Todos recibieron orden de perma-

TOMO I.

necer en sus puestos hasta la llegada del Inca. Cuando este entrase en la gran plaza, debían mantenerse escondidos y en observacion hasta que diese la señal que seria un tiro de arcabuz; entonces con grandes gritos de guerra debían salir de los edificios, caer espada en mano sobre los peruanos y apoderarse de la persona del Inca. La situacion de los vastos salones al mismo nivel de la plaza parecia muy á propósito para un golpe de teatro. Pizarro encargó muy particularmente á sus tropas el orden y la obediencia á los superiores, y que no hubiese confusion en el crítico momento, porque todo dependia de que obrasen con orden, serenidad y prontitud (1).

Despues cuidó el gefe español de que las armas de sus tropas estuviesen en buen estado y de que los pretales de los caballos llevasen campanillas para que aumentaran con su ruido la consternacion de los indios. Diéronse tambien á las tropas abundantes provisiones de boca para que nada faltase al buen éxito de la empresa. Adoptadas estas disposiciones, los eclesiásticos que iban en la expedicion celebraron una misa con gran solemnidad invocando al Dios de las batallas para que estendiese su escudo protector sobre los soldados que iban á pelear por ensanchar los límites del imperio de la cruz; y todos con gran entusiasmo cantaron el *Exurge Domine* «(Levántate ó Señor y juzga tu propia causa)» (2). Parecían una reunion de mártires dispuestos á dar su vidas en defensa de la fé, y no una licenciosa banda de aventureros meditando uno de los actos mas atroces de perfidia que recuerda la historia. Sin embargo, cualesquiera que fuesen los vicios de los caballeros castellanos, no tenían el de la hipocresía. Estaban convencidos de que peleaban por la cruz, y esta conviccion, exaltada como lo era en aquel momento, no les dejaba considerar los viles motivos que con el otro mas importante se mezclaban para animarlos á la empresa. Los soldados de Pizarro, inflamados de este modo de religioso ardor, esperaban con ánimo impaciente la llegada del Inca; y su gefe vió con satisfacción que en la hora crítica sus soldados no faltarían á lo que debían á su capitán y á sí mismos.

Ya era muy entrado el dia cuando se observó movimiento en el campo peruano, donde se hacían grandes preparativos para acercarse á los reales cristianos con toda ostentacion y ceremonia. Recibióse un mensaje de Atahualpa informando al gefe español que iria á visitarle armado con sus guerreros de la misma manera que los españoles habían ido á su campo en la noche precedente. La noticia no era muy agradable para Pizarro, aunque probablemente no tenia motivos para esperar lo contrario. Mas oponerse al deseo de Atahualpa habría sido manifestar desconfianza y darle á entender en cierto modo sus designios. Manifestó por tanto su satisfacción, asegurando al Inca que de cualquier modo que viniese le recibiría como amigo y hermano (3).

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 197.—Carta de Hernando Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, capítulo VII.

(2) «Los eclesiásticos i religiosos se ocuparon toda aquella noche en oracion, pidiendo á Dios el mas conveniente suceso á su sagrado servicio, exaltacion de la fé, i salvacion de tanto número de almas, derramando muchas lágrimas i sangre en las disciplinas que tomaron. Francisco Pizarro animó á los soldados con una muy cristiana plática que les hizo: con que, i asegurarles los eclesiásticos de parte de Dios y de su madre Santísima la victoria, amancecieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo á voces, «Exurge Domine, et judica causam tuam.» Naharro, Relacion sumaria MS.

(3) El gobernador respondió: Di á tu señor que venga en hora buena como quisiere, que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano. Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 197.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS.